

UN PAISANO EN LUGO Y ASTURIAS (I)

Por Roberto Balboa

Bueno queridos paisanos, otra vez nos encontramos pertrechados para comenzar otro de nuestros ansiados viajes, periplo que en esta ocasión nos llevará por tierras de Galicia y Asturias, más concretamente por Lugo y Asturias, como reza el título del presente artículo.

Como casi siempre, el viaje empezó propiamente dicho el día de antes, con la preparación del equipaje y los remates de las cuatro cosillas que siempre hay que dejar hechas en el pueblo antes de partir.

Aunque solemos acostarnos pronto, y ese día no iba a ser una excepción, dormimos un poco inquietos como ya suele ser habitual cuando al día siguiente vamos a tener por delante una larga ruta. En principio teníamos previsto hacer el viaje al tirón hasta Villaframil, municipio de Lugo situado a un par de kilómetros de Ribadeo, donde estaba ubicado el hotel que utilizaríamos como base durante los días de nuestra estadía en aquellas tierras. Luego, la realidad fue otra, pero de eso ya os daremos cuenta más adelante.

Hacía una mañana espléndida, diáfana, como que nos dijera ¡vamos a disfrutar de los paisajes y de la carretera!.

Además, la suerte de poder contar con un coche confortable y muy fiable, nos hacía regodearnos con cada curva, con cada recta, con las excepcionales vistas que volvíamos a descubrir a cada momento.

Justo cuando cogíamos la autovía de Madrid cerca de Iznalloz, nos encontramos con un monumental atasco. Muy poco a poco la caravana empezó a moverse y a pararse en repetidas ocasiones hasta que llegamos a ver que había producido aquel atasco; un gran camión había ardido por los cuatro costados y cuando nosotros pasamos por su lado no quedaba de él más que una estructura de hierros aun humeantes.

Paramos en Despeñaperros, en la misma venta que suele hacerlo mi cuñado Chema cuando marcha hacia Ciudad Real.

Café con leche, tostadas de tomate regadas con un exquisito aceite verdoso, que casi daban ganas de empinarte a chorro la aceitera y vuelta al camino.

Para mí, pasar Madrid siempre ha sido un pequeño suplicio, suplicio que por supuesto se paga con agrado cuando piensas en las delicias en todos los órdenes que tendrás en aquellas tierras del norte de España. Ya os lo he comentado muchas veces en mis anteriores viajes; de hecho, ya he compartido con vosotros, mis queridos paisanos, otros muchos viajes por aquellas tierras del norte, pero es que no me canso de repetirlo una y otra vez. Soy un enamorado de España y es muy difícil elegir entre unas u otras tierras de la piel de toro, pero de siempre Galicia y Asturias han tenido un rincón muy especial en mi vida.

Puede que las haya visitado en más de treinta ocasiones y por periodos de tiempo relativamente largos, visitando en cada ocasión lugares nuevos amén de simultanearlos con otros ya conocidos, y la respuesta de mi corazón siempre es invariable; aquella tierra me tira, allí me encuentro muy a gusto, allí me siento como un niño con un juguete nuevo.

Pero dejémonos de efluvios anímicos y sigamos con nuestro viaje.

Conforme unos kilómetros después comenzábamos los llanos de la Mancha, le comentaba a Espe que durante muchos años, siempre que iba al norte, había preferido dar un rodeo por Toledo, Talavera de la Reina y Ávila, antes que pasar por Madrid. Afortunadamente ya hace muchos años que las famosas M-30, M-40 y M-50, te permiten pasar Madrid sin enterarte casi. Y ahora, desde hace relativamente muy poco tiempo, la autopista de pago te facilita pasar Madrid sin verlo siquiera. Y esta fue nuestra elección, pues la comodidad de circular por la autopista no es comparable ni de lejos a hacerlo por la autovía, máxime cuando los paisajes en estos lares se limitan a polígonos industriales y ciudades dormitorio anodinas, cortadas todas por el mismo patrón.

Todo lo contrario que en Galicia o Asturias, donde el verdadero placer es circular por las carreteras secundarias, pues allí, detrás de cada curva, hay un verdadero regalo para la vista y, al menos para mí, una gran beldad para el alma.

Tan relajadamente estábamos viajando que nos parecía que el tiempo no pasaba, pero cuando vimos los carteles anunciando Boadilla del Monte tomamos conciencia de que ya habíamos pasado Madrid, aunque eso sí, sin verlo.

Unos kilómetros más allá de Navacerrada el estómago ya pedía comer algo, lo que hicimos en el primer área de servicio que nos vino a mano. Y mientras estábamos en ello, ya era casi media tarde, y hablamos de la posibilidad de no hacer el viaje al tirón pues el camino que nos quedaba por delante casi equivalía al que habíamos hecho.

En una gasolinera cerca de La Bañeza preguntamos por algún hotel tranquilo y cercano, y el joven muchacho que nos atendió nos recomendó un hotelito con mucho encanto que se encontraba en Palacios de la Valduerna, a sólo unos pocos kilómetros de donde nos encontrábamos, en un pequeño pueblo muy tranquilo. Y hacía allí pusimos rumbo.

En verdad que el hotel tenía su encanto; un hotel familiar, con ocho o diez habitaciones, muy limpio, con gente muy amable (como suele ser la gente de León, donde nos encontrábamos), erigido sobre una antigua casa solariega reconstruida con una gran exquisitez y donde no faltaba un detalle. Y encima no era muy caro.

Dejamos las cosas en la habitación y dimos un pequeño paseo por el pueblo, pero de éste poco os puedo contar pues no había gran cosa reseñable.

Como aun nos quedaba tarde por delante, nos fuimos a La Bañeza, pueblo famoso en España por sus legumbres. Dimos una vuelta por el centro, visitamos su muy céntrica y afamada iglesia de Santa María, junto al Ayuntamiento y, como no podía ser de otra manera, compramos un buen montón de las exquisitas legumbres de esta tierra, garbanzos y lentejas de diversos tipos, que luego harían las delicias de nuestra mesa y la de algunos familiares y amigos.

Volvimos al hotel, tomamos unas tapas variadas regadas con un buen vino recio de la tierra, mientras veíamos un partido de fútbol en la tele y a soñar con los angelitos.

Siempre he dicho que Dios es bueno y mantiene a pillos, y como no podía ser de otra manera, nos amaneció otra espectacular mañana, límpida y diáfana, que nos invitaba a seguir nuestra ruta.

El camino que nos quedaba por delante era más corto que el que habíamos andado el día anterior, por lo que nos pudimos permitir el lujo de no madrugar mucho. Nos pusieron un desayuno al que no pudimos dar fin, pero nos llamó la atención sobre todo el pan que nos pusieron para las tostadas; un pan de pueblo, de ese que casi todos nosotros recordamos y echamos de menos, de ese que cada vez que tenemos la suerte y la oportunidad de hincarle el diente, saboreamos como si de la más excelsa exquisitez se tratara. Y es que no es para menos.

Preguntamos a la chica de recepción sobre la panadería y nos indicó que estaba muy cerca, que pasaríamos por la puerta en el camino hacia la autovía. Localizamos el horno, pero estaba cerrado unos días por vacaciones; no obstante, tomamos buena nota de una de nuestras paradas obligatorias cuando regresáramos de nuestro viaje.

Conforme nos íbamos acercando a Galicia y como no podía ser de otra manera, las nubes empezaron a darnos la bienvenida para acto seguido presentarse su prima, la lluvia. Lluvia que nos acompañó, a veces torrencialmente, hasta el mismo hotel de nuestra estadía en Villaframil. Poco más hay que reseñar de esta lluviosa mañana, salvo que paramos a tomar un café, a poner combustible y a comer.

Aunque ya conocíamos el hotel por las fotos que habíamos visto en internet, y sabíamos casi todo sobre el mismo por la recomendación que nos había hecho nuestra buena amiga y mejor persona María Rus, la realidad superaba con creces lo esperado. Tal vez la única pega que podría ponersele sería que estaba junto a la carretera, pero hasta eso nos lo había advertido María e hicimos la reserva condicionada a que tenía que ser la habitación que daba a la parte de atrás, al jardín, la última del pasillo a la derecha.

El hotel no contaba más que con unas pocas habitaciones muy coquetamente engalanadas, un jardín trasero muy cuidado y un pequeño prado junto al que había unas cuantas plazas de aparcamiento. Todo esto en la parte de atrás, que era donde daba nuestra habitación. Al frente la mencionada carretera y un gran restaurante, el mismo que haría nuestras delicias en los días siguientes y del que ya os daremos cumplida cuenta en su momento.

Deshicimos las maletas, colocamos la ropa, pertrechamos el cuarto de aseo y nos solzamos en una soporífera duermevela que hacía las veces de medio siesta.

A media tarde nos pusimos en marcha y como lo teníamos muy cerquita del hotel, decidimos visitar uno de los pocos lugares que teníamos previsto de antemano, la Playa de las Catedrales. Preguntamos a la casera y nos dijo que efectivamente se encontraba muy cerca, pero que había que ir cuando la marea estuviera baja si queríamos andar entre las vetustas piedras, aunque también era aconsejable ir cuando la marea estuviera alta para ver el contraste. Y hacia allí nos dirigimos.

Es difícil explicaros con palabras la imagen de la Playa de las Catedrales, que posiblemente muchos de vosotros conozcáis, por lo que en esta ocasión le voy a pasar el testigo a nuestro buen amigo José Luis, para que sea él quien decida que fotos poner sobre este Monumento Natural, declarado así por la Junta de Galicia, bien de las que yo hice en su día o bien de las que él pueda encontrar por internet.

La marea estaba baja cuando llegamos, por lo que pudimos disfrutar dando un paseo por la playa propiamente dicha, tomando un buen montón de fotos que podéis ver como siempre en mi página www.elpimo.es/misviajes.htm

Hacía un viento racheado bastante fuerte y la lluvia, aunque había aminorado su ímpetu, no dejaba de caer. Como aun quedaban unas horas de luz, encaminamos nuestros pasos a la vecina ciudad de Ribadeo, con el fin de al menos tomar un primer contacto.

Nos dimos un buen paseo por el centro de la ciudad, entramos en unas cuantas tiendas típicas de productos artesanales y visitamos el puerto. Una cerveza bien fría que nos habíamos ganado a pulso y a casita.

Esa noche cenamos en el restaurante que había frente al hotel, del que ya os habíamos hablado anteriormente. Este establecimiento estaba regentado por un asturiano emigrado a Sudamérica y retornado posteriormente que, casualidades de la vida, se casó allá con una granadina.

El restaurante La Parrilla, que así se llama, estaba justo enfrente de nuestro hotel y su especialidad eran las carnes a la brasa, uno de mis platos favoritos. Amplio, confortable, con una parrilla donde podía caber perfectamente un ternero, y a unos precios muy aceptables, hicieron nuestra delicia esa noche y muchos otros días durante nuestra estancia.

Había sido un día bastante completo y el cansancio asomaba su cara; optamos por lo más reconfortante, un rato de tele y a soñar con los angelitos.

Bueno, queridos paisanos, aquí vamos a dejar esta primera entrega de nuestro viaje, que si Dios quiere, continuaremos en próximas revistas.

Hasta la próxima.

Vuestro paisano.

No olvides que puedes ver todos mis viajes, fotos y vídeos en la página web www.elpimo.es/misviajes.htm

© Del autor.

Artículo publicado en la Revista de la **Asociación Cultural Amigos de Gor San Cayetano**

Volver a mis viajes